

A man with dark hair, wearing a maroon velvet jacket over a white shirt, is shown from the chest up, leaning over a woman. He is holding her waist and chest area. The woman is lying back, wearing a white lace dress with a full skirt. Her head is tilted back, and she has a serene expression. The background is a solid dark red color. The title 'UN DUQUE PARA mí' is written in a light blue, elegant serif font at the top. The author's name 'OLGA SALAR' is written in a white serif font at the bottom, framed by decorative black flourishes.

UN DUQUE  
PARA  
*mí*

OLGA SALAR

**Un duque para mí.**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente...](#)

[Sobre Olga Salar](#)

[Otras obras de la autora](#)

Un duque para mí.  
© Olga Salar.  
Primera edición 2018  
Fotografía de portada: Lorraine Cocó. Adobe Photostock.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

# Capítulo 1

«Parece ser que hay cierto duque joven y muy atractivo, a la caza de una esposa ahora que su mejor amiga ha pasado a ingresar en las filas de los felizmente casados. Y según se rumorea, la elegida por el duque sería cierta dama de exquisitos modales y cabellos pasados de moda, aunque bien mirado ¿cuándo ha estado de moda el rojo?»

*Revista Secretos de sociedad.*

Se había convertido en una costumbre que Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, pasara más tiempo fuera que dentro de los salones de baile, donde era acosado por las madres que soñaban con fastuosas bodas para sus hijas, con desposarlas con jóvenes y atractivos duques.

La razón de tanto interés, además del que suscitaba su título, era que Marcus William Middlethorpe era el caballero perfecto: apuesto, refinado, educado y con una reputación intachable. Lo que, para su pesar, lo convertía en el candidato más deseado por las damas casaderas y por sus ingeniosas madres, que eran capaces de propiciar situaciones inverosímiles con tal de conseguir su atención.

Para su completa consternación, había tenido que soportar las apuestas que se hacían sobre él en los clubes de caballeros, y que rezaban que, ahora que su amiga la marquesa de Rothburg estaba casada y ya no podía alejarlo de las debutantes, caería en los lazos del matrimonio antes del final de la temporada.

Marcus era más que consciente de su deber para con la institución del matrimonio. Como duque de Rothgar, debía de que casarse y aportar descendientes que heredaran el título, eso nunca había estado en entredicho. Lo único a lo que se resistía el duque era a casarse tan pronto. A sus treinta años, aún no estaba preparado

para elegir una esposa, principalmente porque todavía no había encontrado a la mujer apropiada para el cargo.

No es que creyera que el amor era indispensable para casarse, desde niño lo habían educado para que buscara a la duquesa adecuada, no a la esposa perfecta. El punto que le impedía decidirse era que, si bien no buscaba el amor en el matrimonio, sí que anhelaba una mujer a la que no tuviera que ignorar de por vida. Una joven con la que mantener conversaciones agradables y con la que compartir, al menos, algún interés común.

Lo que todos los chismosos desconocían era que Marcus Middlethorpe tenía un plan similar al que había llevado a la práctica durante varios años con su querida amiga Serena Spence, ahora Lady St James, marquesa de Rothburg.

Una solución que lo había salvado de infinidad de situaciones comprometidas y que, ahora, tenía una protagonista femenina distinta, lady Brianna Warwick, la prima de su cuñada Lady Jane, esposa de su hermano Edward.

Lady Brianna ya no era una debutante, tenía veinticuatro años y había rechazado a un buen puñado de pretendientes, desde que unos meses atrás hubiera decidido cambiar su aspecto y dejar de esconder su belleza tras vestidos insulsos y peinados tirantes y poco favorecedores.

Su familia era de las más antiguas y respetadas de la sociedad, y ella misma era una dama hermosa que atraía las miradas, a pesar de que su belleza era un tanto peculiar. Sus cabellos rojizos y sus ojos dorados no era exactamente lo que estaba de

moda, pero eso no la hacía menos atractiva a la vista de los hombres que veían en ella algo más que su cuantiosa dote.

Con un cuerpo redondeado y grácil, era el sueño de cualquiera, a excepción, por supuesto, del propio duque, quien en lugar de interesarse en ella por su físico o por su agudo ingenio e inteligencia, había reparado en el inusual hecho de que no estuviera interesada en el matrimonio (a juzgar por la cantidad de candidatos a los que había rechazado). Por ello, era la candidata perfecta a la que ofrecerle sus fingidas atenciones.

Marcus conocía a la joven desde hacía bastante tiempo y si bien no habían sido nunca grandes amigos, estaba el hecho de que, con la boda de Edward y Jane, prácticamente se habían convertido en familia.

Su hermano y heredero, Lord Edward Middlethorpe, era de los dos el que más trato tenía con lady Brianna. Aunque era Sebastian, el hermano menor de ambos, el que había sido siempre el favorito de la dama.

Lo que quizás le hubiera servido de ayuda para saber cómo seguir con su pantomima de cortejo. Sin embargo, Marcus, inteligentemente, decidió que no era buena idea alertar a su hermano pequeño de sus intenciones sobre dicha dama; Ya que Sebastian, en su afán por seguir con su vida disipada y libertina (adjetivos con los que la catalogaba el duque), se había unido a la liga *Casemos a Marcus*, encabezada por Lady Diana, duquesa viuda del duque de Perth y madre de su íntima amiga ya mencionada, la marquesa de Rothburg.

De ese modo, si Marcus se casaba y tenía un hijo varón, tanto Edward, el duque de repuesto y Sebastian, el siguiente en la sucesión al título, quedaban libres de

su papel de herederos del ducado.

Si bien Edward nunca había anhelado el papel de su hermano como duque, tras su boda con Lady Jane parecía más reacio a él todavía. Y por ello, se había posicionado entre los que esperaban un compromiso inminente.

Edward, como todos aquellos que se casaban por amor, no pensaba en otra cosa que en convencer a sus hermanos de que siguieran sus pasos y que encontraran a la mujer que debía de hacerlos felices.

Y mientras que consideraba que el hermano menor todavía tenía tiempo para divertirse y disfrutar de los placeres de la vida, era de los que apremiaban a Marcus a que tomara una esposa.

Con todo ello, el duque acabó por decidir que lo mejor era dejarse llevar por la corriente y no cansarse nadando en su contra. Con lo que no había contado era con la reticencia de la dama a ayudarlo en su perfecto plan de evasión.

—Marcus William Middlethorpe, eres la persona más *snob* que he tenido la mala suerte de conocer —dijo lady Brianna al tiempo que clavaba su dedo índice sobre el pecho del asombrado duque.

Este la miró estupefacto. Era la primera vez que lo acusaban de *snob*, de hecho, era la primera vez que una mujer lo insultaba.

Ninguna dama había tenido nunca el atrevimiento de ofenderlo. Y no porque fuera un duque y como tal mereciera el respeto de sus semejantes, sino porque sus modales eran impecables.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó ella, cada vez más enfadada ante su

silencio.

—Claro, querida. Dime qué quieres que diga y lo haré —le ofreció consciente de que no era eso lo que ella esperaba.

—¡Eres insufrible!

«¡Vamos bien!» pensó. Era la segunda vez que lady Brianna lo agraviaba en menos de cinco minutos.

Y, para colmo de males, la enfurecida muchacha se dio media vuelta y se fue, lo que lo obligó a ir tras ella.

Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar, no podía permitir que la dama regresara al baile sola. O, mejor dicho, no podía permitirse regresar solo, o todas las madres se le echarían encima para que bailara con sus hijas.

—Brianna, espera, por favor —le pidió mientras comenzaba a andar tras ella.

Obstinada como era, ni siquiera se dignó a girarse. Aceleró el paso, empeñada en deshacerse de él. Marcus se puso a su lado en dos zancadas y le ofreció el brazo, que finalmente se vio obligada a aceptar a regañadientes, cuando el cansancio la venció.

Llevaba toda la noche bailando, apenas había dispuesto de unos minutos para ir al tocador y el paseo que había dado con Marcus, y la posterior huida, la habían dejado exhausta y muy enfadada por haber tenido que mostrar su debilidad y aceptar su brazo.

«Tengo que hablar con Serena, seguro que ella es capaz de explicarme qué le pasa a lady Brianna», se dijo Marcus, cada vez más confuso por la exagerada reacción de la joven.

Y todo porque él no le había encontrado el aspecto romántico al hecho de que Harriet Twombly, hija del vizconde de Macclesfield, una dama a la que conocía bastante bien, dicho sea de paso, se hubiera casado precipitadamente para tapar el escándalo suscitado por su fuga con un baronet casi arruinado.

Marcus se dijo a sí mismo que el hecho de que la protagonista del escándalo fuera Lady Harriet, y no otra, no había influido en su opinión sobre el suceso.

El acto le hubiera parecido igual de inadecuado aunque hubiera tenido otra protagonista. Además, Lady Brianna no podía molestarse, puesto que no estaba al corriente de su pasada *amistad* con la dama.

Por todo ello, y aunque Brianna argumentara, con tanta vehemencia, sobre las razones amorosas por las que se había llevado a cabo ese matrimonio, Marcus seguía censurando semejante comportamiento impropio de la hija de un vizconde.

La hija de un noble debía ser un poco más juiciosa y tener siempre presente el valor del apellido familiar.

Mientras caminaban al interior de la sala de baile, Marcus barajó varias posibilidades por las que Brianna podría haberse molestado.

La primera, que pensara que, al tratarse ella también de la hija de un noble, sus palabras sobre el juicio y el apellido familiar fueran dirigidas a ella, como una especie de aviso para que cuidara su conducta. Pero era la idea más improbable, puesto que todo el mundo sabía que lady Brianna jamás había actuado de manera inapropiada.

La segunda, que a sus ojos era la más probable, venía a resumirse con una sola

palabra «mujeres». Y Brianna, como una de los especímenes más complicados del género, se había propuesto romperle todos los esquemas, enfadándose por un hecho que no les concernía a ninguno de los dos.

La única solución viable para Marcus, aquella que le permitiría descubrir el modo de ganarse su perdón, pasaba por recurrir a otro complicado ejemplar femenino, a su querida amiga Serena, reciente marquesa de Rothburg.

A su favor se podría alegar que Marcus jamás barajó la posibilidad de que la joven simplemente estuviera celosa.

## Capítulo 2

«Parece ser que cierto duque se muestra especialmente atento con cierta dama que, para sorpresa de muchos, no parece muy alegre de haberse ganado sus galanteos. ¿Estará interesada en el hermano sin título?»

*Revista Secretos de sociedad.*

Desde que había comenzado sutilmente a cortejar a Lady Brianna, Marcus se había dado cuenta que la joven era mucho más temperamental de lo que parecía en un primer momento.

En las dos semanas que había pasado a su lado, había comprobado cuán equivocado había estado al creer que ella era dócil y sumisa. Si bien su lengua viperina era la primera vez que se cebaba con él, no era la primera que la veía defender apasionadamente algo en lo que creía.

La temporada anterior, la había visto defender con ingenio a Lady Elisabeth ante Lady Harriet Twombley y sus secuaces, que se burlaban de la dama y de su elección de vestuario.

En cuanto regresaron al salón, acompañó a Brianna hasta donde estaba su madre y se marchó antes de verse obligado a bailar con la hija menor del conde de Berbrooke, Lady Victoria, la hermana de Brianna. Ya que, aunque consideraba a la muchacha encantadora y muy hermosa, no deseaba que quedara ninguna duda de a cuál de las hermanas prefería.

Tras despedirse de las damas, avanzó por el salón en busca de la única mujer a la que comprendía y de la que necesitaba, urgentemente, consejo.

Tan pendiente estaba de marcharse que no se dio cuenta de la cara de tristeza

con la que lady Brianna lo vio alejarse de ella.

—Querida, ¿a quién has reservado el próximo baile? —preguntó su madre, la condesa de Berbrooke.

—A Lord Palmer, pero creo que voy a excusarme con él, estoy cansada.

—¡Brianna! No puedes hacer eso.

—Pero...

Su madre la fulminó con la mirada.

—Tienes que bailar con él, Brianna, o la gente comenzará a hablar.

—¿Porque estoy cansada?

—Porque te niegas a bailar después de haber salido a pasear con el duque. La gente pensará que vuestro compromiso es inminente y, cuando comprueben que no es cierto, comenzarán las habladurías sobre ti.

—¿Todo por un baile?

—He visto cosas peores por mucho menos.

—Es posible, pero yo soy casi una solterona. Te aseguro que no le importa a nadie con quien bailo.

La condesa la miró ofendida.

—Eres la hija de los condes de Berbrooke, te aseguro que eres de gran interés para la sociedad.

—Eso es maravilloso —comentó con sarcasmo.

La risa de Torie les valió a ambas una mirada severa de su madre, una que anunciaba una de sus charlas al llegar a casa.

Brianna no pudo volver a replicar porque, cuando iba a hacerlo, apareció

Lord Palmer y se vio obligada a aceptar su mano y a seguirlo hasta la pista de baile.

## Capítulo 3

«A pesar de lo mucho que me gustan las atenciones de Marcus me niego a que me utilice para su propio beneficio. Sé que me merezco más que un cortejo fingido».

Fragmento del diario de Lady Brianna Warwick.

Marcus se acercó decidido al grupo en el que estaba Serena con su marido, el marqués de Rothburg, su hermano, el duque de Perth, y la cuñada de esta, lady Rebecca.

Era la primera fiesta a la que la duquesa asistía tras su reciente maternidad, en la que había dado a luz al futuro duque de Perth, con lo que la sucesión estaba asegurada.

Marcus dio gracias mentalmente porque la duquesa viuda no se encontrara entre ellos. Ahora que por fin había casado a su hija, quien había rechazado a quince pretendientes antes de aceptar a Rothburg, se había propuesto casarlo a él, y Lady Diana era tan perspicaz que era imposible darle esquinazo.

La actitud esquivada de Serena durante tantos años la había preparado para ser la perfecta casamentera. Durante varias temporadas, se había escurrido de su propia madre, empeñada en dar con el marido adecuado para su hija, hasta que, finalmente, Lady Diana consiguió la boda que tanto había anhelado y decidió pasar más tiempo en el campo que en la ciudad.

Marcus se encontraba a gusto entre esas personas a las que consideraba como su propia familia. A pesar de que por edad era más afín con Charlie, el hermano de Serena, había sido en ella donde había encontrado a su alma gemela. Desde niños se

hicieron inseparables.

La marquesa era el contrapunto alocado que le faltaba a Marcus y él era la voz del sentido común que ella tanto ignoraba.

Como habían hecho tantas veces antes, Marcus no tuvo que mirar a su amiga para comprender lo que este trataba de decirle.

—Benedict, ¿te importa si bailo con Marcus esta pieza? —preguntó a su esposo, sabiendo que este no tendría ningún problema con que lo hiciera.

No había nadie entre la alta sociedad londinense que no supiera la relación fraternal que unía al duque y a la marquesa.

—Por supuesto que no, querida.

Ella sonrió encantada y le lanzó una mirada tan intensa que auguraba una maravillosa recompensa por su comprensión.

Marcus le ofreció el brazo, como tantas veces había hecho, y Serena lo aceptó confiada.

También, como otras veces, mientras bailaban en vals, se escabulleron a la terraza, con un arte que habían perfeccionado con años de práctica, aunque esta vez no fuera para huir de la atenta mirada de lady Diana y su afán casamentero.

—A ver, cuéntame ¿por qué estamos aquí? —pregunto Serena sonriente.

—Supongo que es la costumbre —se justificó el duque.

—¡Marcus!

—De acuerdo. Lady Brianna me ha llamado *snob* —confesó finalmente.

—¿Qué le has hecho?

—¿Qué te hace pensar que le he hecho algo?

—¡Marcus!

—Simplemente di mi opinión respecto a la escandalosa boda de Harriet Twombly, pero ella ya estaba molesta conmigo desde el instante en que me acerqué a pedirle el primer vals. Y no me preguntes qué fue lo que hice para ofenderla, porque no hice nada más que acercarme y pedirle que me lo reservara.

—Marcus, que obtuso eres — se quejó Serena con cariño.

Qué les pasaba a las mujeres esta noche que solo sabían insultarlo.

—Y eso ¿a qué viene?

—No puedo creer que no te hayas dado cuenta todavía.

—¿Qué es lo que se me ha pasado por alto según tú? —inquirió con fastidio.

Si había algo que lo molestaba especialmente era que Serena supiera algo que él no sabía y que se tomara su tiempo para decírselo, martirizándolo mientras lo hacía.

—Lady Brianna está enamorada de ti. Y es mucho más inteligente de lo que crees, debe de haber descubierto que simplemente estás utilizándola para esquivar a las debutantes y a sus madres. ¿Le has hablado de amor? ¿La has besado siquiera? Es imposible que un caballero corteje a una dama y que no haya besos de por medio.

Marcus tardó unos segundos en reponerse del efecto que sus palabras habían tenido en él. ¿Amor? ¿Besarla?... No podía ser.

Serena siempre veía cosas donde no las había. Brianna era como una hermana pequeña para él.

Se conocían desde siempre. Si incluso eran vecinos, el ducado era

prácticamente contiguo al condado de su padre. Si ella tuviera algún tipo de enamoramiento con él, estaba seguro que se habría dado cuenta.

Y tampoco era posible que hubiera descubierto su juego, al menos no tan pronto.

No dudaba de la inteligencia de Brianna, ni mucho menos, el asunto era que él solo la había sacado a bailar, tal y como hacía cada temporada desde que debutara.

—Estás equivocada. Solo somos amigos y es imposible que se haya dado cuenta de mis intenciones tan pronto —le explicó

—El que se equivoca eres tú, Marcus. No sois amigos. Brianna es amiga de Sebastian, no tuya y, por lo que veo, ni siquiera la conoces.

¿Cómo podía decir que no la conocía si habían crecido a escasas millas uno del otro?

Tras la muerte de su padre, el conde de Berbrooke lo había visitado con asiduidad, preocupado porque el peso del ducado recayera sobre alguien tan joven. Cada vez que el conde lo visitaba, aparecía acompañado de sus hijas, a las que su propia madre adoraba. Al no haber tenido más que varones, su madre las había adoptado como propias y la relación entre las dos familias se había estrechado tanto que parecían parientes.

—Puede que tenga más relación con mi hermano, dado que su edad es más afín, pero por supuesto que Brianna y yo somos amigos —la contradijo a pesar de que sabía lo mucho que le molestaba a Serena que lo hiciera—. Y puedo asegurarte que la conozco muy bien.

—¿Tan amigos como nosotros? —preguntó ella desafiante.

—Nadie es tan amigo como lo somos nosotros, querida.

—¿Ves? No sois amigos, Marcus, sino meros conocidos. Además, os veis solo en los bailes y tú la utilizas para alejar a las madres a la caza de un marido para sus hijas. Y lo más triste es que ni siquiera te has dado cuenta de que ella es consciente del motivo por el que la buscas.

—Eso también lo hacía contigo y no hay ninguna duda sobre nuestra amistad.

—Eso tampoco es del todo cierto. Nos utilizábamos mutuamente.

Sonrió al recordarlo.

Pasaban más tiempo en el jardín que en el salón de baile, de no ser porque todo el mundo era consciente de su atípica amistad seguro que se hubieran visto obligados a casarse para acallar los rumores.

—¿Qué crees que debo hacer?

—Tal como yo lo veo, tienes dos opciones: o la cortejas de verdad, como haría un caballero enamorado, o la dejas en paz y te buscas a otra dama a la que embaucar.

—No deseo buscar a otra dama.

Serena sonrió, encantada.

—En ese caso tú mismo te has respondido.

## Capítulo 4

Brianna no dejaba de pasear de un lado a otro de su dormitorio, demasiado enfadada para conciliar el sueño.

¡Marcus William Middlethorpe era un completo majadero! Y ella era una tonta por haber creído que él estaba interesado en su persona.

Ya de niños, se había mantenido apartado de los juegos que Torie y ella compartían con sus hermanos. Primero porque tenía que estudiar y después, tras la muerte de su padre, porque era el duque y estos tenían que guardar el decoro.

Sebastian tenía razón, su hermano era demasiado estirado para ella. Lástima que no lo hubiera descubierto tres años antes, cuando se quedó prendada de él sin remedio.

Si bien era cierto que, de todos los Middlethorpe, Marcus era el único que la ponía nerviosa, la verdad era que lo que sentía por él era un encaprichamiento de niña. No fue hasta años más tarde, que el sentimiento juvenil creció y se convirtió en algo más profundo y maduro.

Las cosas se volvieron más serias cuando descubrió en él los rasgos de su carácter, esos que tan bien escondía a la alta sociedad. No había nadie en toda Inglaterra que no considerara al duque de Rothgar el cenit de la buena educación y del decoro.

Lo que el resto del país desconocía era que Marcus Middlethorpe era mucho más de lo que aparentaba: era apasionado y romántico. Lady Brianna lo había descubierto por pura casualidad, cuando se topó con él en el jardín a oscuras de los

vizcondes de Bearne.

Brianna había salido en busca de un poco de aire fresco y, huyendo de la zona transitada, se había dado de bruces con el cuerpo musculoso de un caballero, que le cortó el paso y la respiración.

Andaba despistada pensando en la insistencia de su madre en que se casara, cuando se estrelló contra él.

Enseguida notó el aroma amaderado de un perfume masculino, junto al olor a brandy y a cuero que desprendía el caballero. Trató de apartarse de su camino, pero no tuvo tiempo antes de que dos robustos brazos la envolvieran. Brianna estaba a punto de gritar, pero él se adelantó a su gesto tapándole la boca para evitar que delatara su posición.

—Si te quito la mano de los labios, ¿prometes no gritar? —pidió en un susurro una voz que le resultaba muy familiar.

Brianna asintió con la cabeza y Sebastian la liberó inmediatamente. La muchacha estuvo tentada a darle una patada en la espinilla a su amigo por el mal rato que la había hecho pasar.

—¡Me has dado un susto de muerte! —le recriminó todavía temblando.

—No hables —susurró.

—¿Qué haces aquí?

—Espío a Marcus—confesó Sebastian como si nada.

La cara de asombro de Brianna hizo que su amigo se atragantara intentando reprimir la risa.

—Está con una mujer —comentó como si eso explicara la situación.

—¿Estás espiando a tu hermano mientras está con una dama?!

—No seas malpensada. Estoy aquí para sorprenderlos en el momento más delicado y forzar, de ese modo, su boda.

Brianna se quedó horrorizada tras la confesión de su amigo, nadie se merecía semejante jugarreta.

—No puedes hacer eso.

—Si no lo hago, Edward no se hará cargo de mis deudas de juego y te aseguro que son unas cuantas.

—Eso es horrible.

—Lo que es horrible es que no pueda disponer de mi dinero hasta los veintiuno.

—Da gracias de que tus padres lo hicieran de ese modo. De no haber sido así, ya no te quedaría nada —le recriminó ella.

—Es posible —aceptó Sebastian con una sonrisa traviesa.

Estuvo tentada de alertarlos de algún modo: toser, hablar en voz alta... pero estaba segura de que Sebastian jamás la perdonaría si intervenía.

—Podrías pedirle el dinero a Marcus.

Su amigo la miró como si acabara de perder el juicio.

—¿Y tener que soportar sus sermones durante meses? Mejor no.

Por lealtad a su amigo, decidió callar y, al mismo tiempo, saciar esa curiosidad que toda dama siente por saber lo que sucede entre un hombre y una mujer cuando están solos.

Con sigilo, se puso al lado de Sebastian y se agachó para mirar a través de los

matorrales tras los que se ocultaba la pareja.

Harriet Twombly estaba en los brazos de Marcus Middlethorpe mientras él la besaba como si quisiera devorarla allí mismo.

Brianna sintió que el vello de su nuca se erizaba y se encontró fantaseando con la idea de que era ella a la que el duque besaba con tanto interés.

En el mismo instante en que el pensamiento apareció en su cabeza, comprendió que era la primera vez que un caballero le despertaba esa clase de sentimientos, por lo que se quedó aturdida y muy confusa.

A sus dieciocho años, nunca había besado a nadie que la deseara, ya que Sebastian no contaba, puesto que lo había besado solo para saber qué se sentía al hacerlo.

Y al final, el experimento había sido un fracaso absoluto, puesto que había sido casi como besar a un hermano.

—Marcus será mejor que me marche antes de que mi madre me eche en falta —logró decir Harriet entre beso y beso.

—Dime cuándo puedo ir a tu casa para hablar con tu padre y lo haré —pidió Marcus muy serio.

Tanto Sebastian como ella aguantaron la respiración, esperando la respuesta de la joven.

Al parecer, no iba a ser necesaria la intervención de Sebastian porque Marcus deseaba casarse con la dama.

Los celos irrumpieron con fuerza en su estómago con tanta vehemencia que

creyó que iba a vomitar.

—No creo que sea buena idea, Marcus. Todavía no deseo casarme —comentó tímidamente Harriet.

—Pero... Yo creía... Harriet, nosotros...

—Lo siento, Marcus. —dijo al tiempo que se levantaba del banco y salía en dirección al salón de baile.

Como si no hubiese sido la primera vez que se encontraba en semejante situación, Lady Harriet sacó un pequeño espejito de su ridículo ¿? y comenzó a retocarse los mechones que se le habían escapado del cabello, al tiempo que volvía a la zona iluminada del jardín.

Marcus se quedó allí mismo, viendo cómo la muchacha se marchaba. Sebastian y Brianna se miraron incapaces de articular palabra, demasiado asombrados por lo sucedido como para saber qué decir.

Finalmente, su amigo tiró de ella y la llevó hasta la parte más iluminada, en la que otras parejas paseaban del brazo, huyendo del calor sofocante del salón de baile.

—Brianna, prométeme que nunca le dirás a nadie lo que has visto —le exigió él.

—Te lo prometo, Sebastian —anunció ella solemne—. ¿Qué vas a hacer ahora con tus deudas?

Él se encogió de hombros y Brianna se dio cuenta de que, aunque el gesto denotaba despreocupación, su amigo no estaba tan tranquilo como trataba de aparentar.

—Supongo que tendré que escuchar los sermones de Marcus durante meses.

—Pobre, Marcus...

—Ha sido lo mejor para él —anunció Sebastian—, mi hermano no se merece una esposa como esa.

Por todo ello, Brianna no comprendía cómo años después, él se permitía el lujo de criticar el comportamiento de Harriet Twombly, cuando sabía mejor que nadie la clase de criatura voluble que era.

Y lo peor de todo el asunto era que pretendiera dar clases de moral cuando él se había escondido con ella para verse a solas, sin seguir ninguna de las normas que dictaba el decoro.

Razón por la que había decidido que el duque se merecía un buen escarmiento por esa actitud arrogante que mostraba al censurar a su antigua enamorada. Y ella estaba más que dispuesta a ser quien se lo ofreciera.

Se engañó a sí misma al no querer aceptar que en realidad lo que la molestaba era que Marcus la hubiera escogido a ella para fingir un cortejo, como si Brianna no se mereciera un galanteo real de su parte.

La idea que acababa de tener le arrancó una sonrisa a Brianna. Ya casi podía saborear la venganza... Sin perder un segundo, se sentó en el escritorio de caoba de su dormitorio, que había pertenecido a su abuela Anthea, y escribió una nota, breve, pero lo suficientemente clara para que el destinatario la entendiera.

«Querido Sebastian:

Te espero mañana a las tres, donde siempre. Y, por favor, esta vez sé puntual. Estoy impaciente por verte.

Siempre tuya.

Brianna Warwick».

Llamó a Prudence, su doncella, y le pidió que se encargara de que un lacayo la llevara a la casa del duque de Rothgar en Londres, porque era allí donde vivía su amigo, seguramente hasta que se casara. Ya que eso era lo que había sucedido con Edward, quien, como regalo de bodas, había recibido de parte de su hermano una mansión en Berkerley Square.

Se sentó en su sillón y abrió el libro que andaba leyendo esos días. Estaba segura de que su amigo entendería el mensaje y que la ayudaría a vengarse del estirado y arrogante Marcus Middlethorpe, ya que, por su culpa, había tenido que sufrir largos e interminables sermones.

El duque se merecía una lección por su desconsiderado comportamiento. Había pensado utilizarla para zafarse del matrimonio, pero se iba a encontrar con que ella estaba siendo cortejada por su propio hermano y que su compañía no le era grata.

Así aprendería que no estaba bien utilizar a las personas por muy duque que se fuera.

## Capítulo 5

«La historia de cierto duque se vuelve más interesante por momentos. Parece ser que la dama ha sido elegida por la familia al completo».

*Revista Secretos de sociedad.*

Marcus aún estaba en su estudio cuando llegó la nota. Hudson, su mayordomo, la dejó sobre el escritorio en silencio. Era demasiado discreto como para hacer ningún comentario.

El duque lo interrogó, arqueando una ceja.

—Acaba de llegar, excelencia. La ha traído un joven, pero no ha dicho nada más.

—Está bien, Hudson. Puedes retirarte. Buenas noches —lo despidió al notar el olor a perfume que desprendía la nota.

No tenía ninguna duda de que se trataba del mensaje de alguna mujer. La pregunta era de quién.

—Qué descanse, excelencia —se despidió el mayordomo.

Marcus se acercó la nota a la nariz, intrigado por el olor tan femenino que desprendía el papel. Jazmín, decidió por fin. Un sutil aroma a flores, eso era.

Se recostó en su silla y la abrió cuidadosamente. Segundos después, estaba paralizado por la sorpresa. Lady Brianna estaba citando a Sebastian en un lugar secreto y para ello enviaba una nota a altas horas de la noche.

En ese instante, recordó las palabras de Serena y se rio sin ganas. «Con que enamorada de mí», se dijo, molesto.

Si el contenido no le había dejado claro la clase de nota que era, la firma no dejaba lugar a dudas de que su relación era mucho más estrecha de lo que él hubiera imaginado nunca.

Volvió a cerrarla, tal y como había llegado, mientras decidía qué hacer al respecto.

Una serie de sensaciones contradictorias se apoderaron de él. La primera fue sorpresa, jamás hubiese imaginado que lady Brianna fuera tan *decidida*. La segunda fue frustración, porque su plan se había ido a la basura y, la tercera y más sorprendente, fue ira. Estaba furioso porque hubiera decidido quedarse con Sebastian, Dios sabía que él quería a su hermano menor, pero Sebastian no era de los que se ataban a una única mujer.

Era demasiado joven para sentar cabeza y, en cualquier caso, Brianna era demasiado formal para él.

Su hermano prefería pasarse las noches en su club a asistir a los bailes de la temporada, aunque si bien era cierto que, cuando las estrellas se alineaban en el firmamento y aparecía, su primera pareja de baile, y Marcus casi se atrevía a decir que la única, era lady Brianna y, en contadas ocasiones, Lady Victoria, la hermana menor de su amiga.

Decidido a ver el asunto como un problema familiar, se propuso solucionarlo como tal.

Se levantó y salió de su despacho con la nota entre los dedos. Los sirvientes se habían retirado ya, solo él quedaba despierto en la casa. Sebastian ni siquiera había regresado.

Marcus se acercó a la entrada, hasta la bandeja de plata en que depositaban las tarjetas de visita y las notas, y dejó la que había leído por equivocación encima de todas las que iban dirigidas a su hermano.

Tenía que descubrir hasta dónde había llegado la relación entre Brianna y Sebastian. Aunque para ello no tuviera más remedio que seguir a este hasta el lugar de su cita con ella.

## Capítulo 6

«¿No tienen ustedes la sensación de que es mucho más agradable dar un paseo por el parque que dar vueltas y más vueltas en un abarrotado salón de baile?

Me alegra anunciar que esta cronista no es la única que piensa que la naturaleza es mucho más propicia a un romance que un vals».

*Revista Secretos de sociedad.*

Brianna se levantó de mejor humor del que tenía cuando se había acostado. Había descansado e, incluso, había dispuesto de tiempo para tramar su venganza.

Por otro lado, la perspectiva de devolverle el golpe al duque la tenía animada y contenta.

Por la mañana había ido con su madre y su hermana a hacerse las últimas pruebas de unos vestidos de baile que su progenitora se había empeñado en que le hicieran, con la esperanza de que por fin se le declarara el candidato perfecto. Aquel a quien su hija no rechazaría.

Sonrió para sí misma. Desde que había decidido cambiar su vestuario y ataviarse con colores que no fueran marrones, su madre le encargaba vestidos nuevos prácticamente cada mes. Seguramente tratando de recuperar el tiempo perdido.

Estaba terminando de arreglarse para su encuentro con Sebastian cuando la idea de que Marcus se declarara se cruzó por su cabeza. «Una idea estúpida», se dijo enfadada por haberlo siquiera pensado.

Era evidente que lo único que pretendía con sus atenciones era desviar la atención de las matronas, haciéndolas creer que ya había elegido a su duquesa.

Minutos después, con la ayuda de Ben, uno de los chicos que ayudaban en las

cuadras y el mismo que la noche anterior había llevado la nota a Rothgar House, logró escabullirse de la persecución de su hermana menor y de sus novelas góticas, que se empeñaba en comentar con todo el mundo, y salir con su doncella al encuentro que tan ilusionada la tenía.

Marcus se había quedado perplejo cuando Hudson le anunció que su hermano iba a salir. Teniendo en cuenta la hora en la que había regresado a casa, era casi un milagro que estuviera dispuesto para abandonar la cama tan temprano.

«Debo de haber infravalorado el interés de Sebastian por lady Brianna», se dijo más molesto que sorprendido.

Diez minutos más tarde, caminaba tras los pasos de su hermano, que se dirigía hacia Hyde Park, un lugar público ¡Gracias al cielo! No obstante, en lugar de quedarse en la zona transitada, Sebastian siguió avanzando hasta separarse de los paseantes y adentrarse en una zona menos cuidada del parque.

Lady Brianna estaba sentada en un banco con su doncella ¡Otro homenaje al decoro!

Llevaba un sencillo vestido de tarde color melocotón que hacía juego con sus espléndidos ojos y sus brillantes cabellos. Allí, bajo la luz del sol y junto a Sebastian, quien se inclinó para besar su mano, Marcus comprendió lo hermosa que era.

Lord Sebastian Middlethorpe se estaba divirtiendo de lo lindo desde que había descubierto que su hermano seguía sus pasos.

A pesar de que no frecuentaba mucho los bailes, estaba enterado de todos los

chismes que alimentaban a la alta sociedad, y el cotilleo de que su estirado hermano estaba visiblemente interesado en cortejar formalmente a Lady Brianna Warwick, lo había hecho levantarse a las pocas horas de acostarse a pesar de lo agotado que estaba, para reunirse con su (al menos eso esperaba) futura cuñada.

Que su hermano lo hubiera seguido sin dar a conocer su presencia solo servía para alimentar sus esperanzas.

—Brianna, querida ¿qué es lo que sucede? ¿Cómo has podido sacarme de la cama a horas tan intempestivas? —se quejó.

Brianna rio ante sus lamentos.

—¿Cómo puedes decir que es pronto? Si es casi la hora del té.

—Es que lo es. Es pronto puesto que acabo de acostarme y es pronto porque termino de levantarme. Lo mires por donde lo mires, tengo razón. Pero cuéntame ¿qué sucede? ¿Tiene algo que ver con cierto duque? —interrogó burlón.

La joven quedó sorprendida ante la pregunta. Sebastian, a sus veintiséis años, estaba demostrando más perspicacia de la que Marcus, el pomposo duque, con treinta podría soñar.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Intuición masculina? ¿Fraternal?

—No te burles —lo regañó.

—No lo hago, pero ya que estás tan interesada en conocer mis fuentes, te las diré. Sois la comidilla de la alta sociedad —confesó acercándose a ella en el banco y bajando teatralmente la voz.

Prudence aprovechó la ocasión para alejarse de allí y dejar cierta intimidad a

la pareja.

—Sea como sea, me tienes que ayudar. Quiero vengarme de tu hermano y para eso necesito de tu ayuda.

—Si es para tan fascinante tarea, por supuesto que puedes contar conmigo —concedió divertido por las expectativas—. Pero ¿qué ha hecho mi hermano además de adorarte y pretenderte?

—Las cosas no son lo que parecen. Marcus no está interesado en mí, solo finge estarlo para que nadie lo moleste con que busque una esposa y, al mismo tiempo, si está a mi lado nadie lo obliga a bailar con sosas debutantes —contó Brianna.

—Eso es perverso —concedió Sebastian, admirado—. Es imposible que sea idea de Marcus, seguro que Serena ha tenido mucho que ver en ello. Voy a tener que poner al corriente a Edward de las intenciones de nuestro hermano.

—Lady Serena otra vez —se quejó Brianna poco interesada en que Sebastian le contara nada a Edward—. Ni siquiera ahora que está casada va a dejarlo en paz.

Sebastian comenzó a reír a carcajadas al notar los celos de su amiga. Al menos, el primer paso ya estaba conseguido. Brianna estaba interesada en Marcus y, a juzgar por la actitud de su hermano al seguirlo, él también sentía lo mismo por ella y si no era así, andaba cerca.

—Te ayudaré, sea lo que sea lo que has planeado, puedes contar conmigo.

—¡Eso es fantástico! —dijo ella, abrazándolo—. Eres el amigo más maravilloso del mundo.

—Lo sé, querida, lo sé. Lástima que no pueda ser también el hermano más maravilloso —dijo riéndose de su propio chiste.

Marcus observaba el encuentro tras el robusto tronco de un árbol.

Estaba lo suficientemente cerca como para seguir cada uno de sus movimientos y demasiado lejos como para poder escuchar de qué hablaban. Pero por las constantes sonrisas que se dedicaban y el inesperado abrazo de lady Brianna, era evidente que los unía algo más que una casta amistad.

Y como buen cabeza de familia, a Marcus solo le quedaba una opción, descubrir qué era exactamente lo que los unía y solucionar el posible escándalo, antes siquiera de que se desatara. Y si para evitarlo tenía que casarse él mismo con la dama, por Dios, que lo haría.

Su decisión no tenía nada que ver con el ataque de celos que estaba comenzando a sentir. Simplemente se trataba de una cuestión familiar y él era el cabeza de familia y, por lo tanto, era su obligación solucionarlo.

## Capítulo 7

«Mamá ha vuelto a darme un sermón sobre el matrimonio. Por lo visto, he llegado a esa edad en la que te conviertes en una solterona y me ha amenazado con buscarme ella misma un marido si no escojo uno este mismo año. Por ello, he decidido que, si tengo que casarme, lo mejor es que sea yo quien decida con quién».

Fragmento del diario de Lady Brianna Warwick.

Su ayuda de cámara tuvo que repetir varias veces la pregunta y aun así, no obtuvo ninguna respuesta, por lo que él mismo eligió la chaqueta azul marino que combinó con un chaleco del mismo color, pero un par de tonos más claro.

Marcus estaba demasiado absorto en sus propias cavilaciones. La escena que había presenciado esa misma tarde lo había acompañado durante el resto del día.

Incluso, le había impedido concentrarse en la montaña de papeles que reposaban sobre su escritorio, a la espera de que pudiera concentrarse en algo más que en los brazos de Brianna rodeando el cuerpo de su hermano menor.

Pero lo que de verdad lo tenía ausente y malhumorado era que el eficiente Hudson lo había informado de que su hermano iba a cenar con él y que planeaba acompañarlo al baile de los Thornton. ¿Desde cuándo Sebastian asistía a veladas sociales repletas de ansiosas debutantes a la caza de marido? Marcus conocía muy bien la respuesta y ese era el maldito problema.

Se planteó la posibilidad de hablar con Edward y pedirle ayuda a Jane, para que hablara con su prima, no obstante, cabía la posibilidad de que en su intento por detener el escándalo, terminara arreglando una boda y no había duda de que Brianna y

Sebastian no iban a ser felices nunca como pareja, eran demasiado diferentes para que funcionara.

Sebastian, por su parte, estaba disfrutando del malhumor de su hermano. A juzgar por sus reacciones, los chismes sobre su profundo interés por Brianna no estaban carentes de fundamento.

—¿Asistirás al baile de los Thornton esta noche? —interrogó Marcus, sin abandonar la mirada de su plato a pesar de que ya conocía la respuesta.

—Sí, he quedado allí con Brianna —confesó este tranquilamente.

—¿Brianna? —preguntó censurando el modo en que hablaba de la dama.

—Sí, Lady Brianna —respondió Sebastian fingiendo que no había notado la censura en la voz de su hermano—. La única mujer que ha estado a mi lado durante toda mi vida.

—¿Y qué hay de nuestra madre?

—Nuestra madre se marchó a Italia con Lady Newman después de la boda de Edward y, conociéndola, estoy seguro de que no volverá hasta que te toque el turno a ti —apuntó sonriente.

Marcus no pudo aguantarse más

—¿Qué relación te une a ella? —se dio perfecta cuenta de lo impertinente y poco apropiada que era la pregunta, pero en esos momentos el decoro ni siquiera pasó por su mente.

—¿Con nuestra madre? Marcus, creo que deberías dejar el vino por esta noche.

Su hermano le lanzó la mirada que todo duque que se preciara aprendía en la niñez y habló en tono autoritario.

—Estoy hablando de Lady Brianna Warwick.

—Somos amigos —respondió Sebastian con fingida inocencia.

—¿Solo eso?

—De momento, sí.

Ahí estaba la confesión que Marcus esperaba y, al mismo tiempo, había temido. Hizo un gesto con la cabeza dando a entender que había comprendido y siguió comiendo sin volver a pronunciar una palabra más.

Sebastian había rechazado su propuesta de llegar juntos en el mismo carruaje a la fiesta, alegando que tenía un compromiso previo antes del baile, por lo que no esperaba encontrarse con él ya allí cuando llegó.

Respondió a la inclinación de cabeza de su hermano menor, quien charlaba animadamente con varios caballeros, y se acercó hasta el grupo en el que estaban el conde de Albermarle y su hermano Edward.

Mientras se acercaba a ellos, estuvo tentado de ir a pedirle el primer baile a Lady Brianna, que lucía un vestido blanco y dorado que resaltaba cada una de sus deliciosas curvas.

—Dime que el motivo por el que Sebastian está aquí esta noche no es una mujer —pidió Edward Middlethorpe a su hermano.

—Podría, pero te estaría mintiendo.

Albermarle sonrió ante la respuesta de su amigo.

—¿Y quién es la afortunada? —inquirió con curiosidad.

Tanto Edward como él se habían casado ese mismo año, por lo que las correrías habían terminado para ellos dejando su puesto a Sebastian y a sus amigos.

—Lady Brianna —gruñó Marcus.

—¿Cómo dices? —preguntó Edward y el duque supo que se había ganado un aliado.

—Digo que tu hermano está interesado en tu recién estrenada prima.

—Eso es maravilloso —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja—, Jane estará muy contenta cuando se lo cuente.

Marcus lo miró confuso. ¿Dónde estaba la censura que había esperado? ¿Por qué su hermano veía ese posible enlace con buenos ojos? ¿Acaso no se daba cuenta de lo inadecuados que eran el uno para el otro?

—¿A ti también te parece maravilloso? —preguntó Marcus al conde de Albermarle.

Su amigo se encogió de hombros.

—Han sido amigos toda la vida, por lo que no hay duda de que se llevan bien, que es mucho más de lo que se puede decir de muchos matrimonios de la alta sociedad.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —secundó Edward.

—Habéis perdido por completo la razón —zanjó Marcus, alejándose a toda prisa de ellos.

Sebastian Middlethorpe suspiró apesadumbrado cuando su mirada se cruzó con cierta dama, y aunque el gesto no pasó desapercibido para Lady Brianna, que decidió no mencionar nada hasta hacer sus propias averiguaciones.

Consciente del desliz que acababa de cometer, trató de desviar el interés de su

amiga hacia cauces menos comprometidos para él, lo que le llevó a preguntar.

—¿Cuánto más quieres que torturemos a Marcus?

Lady Brianna se planteó seriamente su respuesta.

—¿Qué te parece si lo zanjamos con un paseo por el jardín?

Sebastian sonrió a su amiga.

—Eres temible.

## Capítulo 8

«¿Qué tendrá el cabello rojo que consigue enfrentar a dos hermanos tan bien avenidos? (Aunque ahora ya no tanto, por supuesto)».

*Revista Secretos de sociedad.*

Hyde Park estaba desierto a las siete de la mañana, pero aun así, Brianna se había refugiado en su banco de siempre, apartado de los caminos transitados por los paseantes tras una larga cabalgada en su yegua zaina.

Apenas había podido dormir en toda la noche, su fantástico plan en la teoría, había resultado un completo desastre en la práctica. El duque no se había acercado a ella en toda la noche, aunque eso no le había impedido bailar con otras damas.

Simplemente, la había excluido a ella deliberadamente, lo que había propiciado una nueva oleada de chismes malintencionados.

Sebastian, en cambio, no había sentido la velada como un fracaso absoluto. Según su amigo, su hermano estaba molesto y muy celoso de su supuesta relación.

Ella había sonreído, soñadora.

—¿Celoso?

—Me alegra que disfrutes con la idea.

—No estoy disfrutando.

Él arqueó una ceja, sarcástico.

—Está bien. Sí que disfruto, pero no por lo que tú piensas. Se trata de una simple venganza.

—La venganza nunca es simple —comentó con seriedad.

—De cualquier manera, se lo merece por tratar de engañarme —confesó Brianna.

—Yo no he dicho que no se lo merezca. Y tampoco me has permitido decir lo que pienso, más bien has supuesto lo que pasa por mi mente y lo has censurado.

—Crees que estoy interesada en Marcus —adivinó—, solo me he limitado a aclararte el asunto antes siquiera de que lo expusieras.

—¡Me conoces demasiado bien! Pero en eso estamos empatados. No es necesario que finjas conmigo, sé que te gusta mi aburrido y querido hermano.

—¡No es aburrido!

La sonrisa de Sebastian fue triunfal. Brianna se mordió la lengua, pero ya era demasiado tarde.

—De acuerdo, me gusta tu hermano —concedió, finalmente.

—Nunca me lo hubiera imaginado —bromeó su amigo, quitándole seriedad a la declaración.

Ya estaba dicho. Era la primera vez que lo reconocía en voz alta.

Ya no podía negarse a sí misma por más tiempo que estaba enamorada de Lord Marcus Middlethorpe, duque de Rothgar.

Sebastian, quien instantes antes parecía decidido a provocarla, no había hecho ningún comentario al respecto tras su confesión, simplemente había palmeado su mano y había sonreído comprensivo y ¿feliz? Sí, decidió Brianna. Definitivamente, parecía feliz.

El ruido de los cascos de un caballo la sacaron de golpe de sus pensamientos.

Era demasiado pronto para que llegaran los visitantes del parque. Ese era el motivo por el que ella misma madrugaba, para poder montar con tranquilidad.

Marcus no había conseguido pegar ojo en toda la noche. Cada vez que lo hacía, la torturadora imagen de Lady Brianna sonriéndole a su hermano pequeño se le materializaba delante.

Esa era la razón por la que estaba descargando su frustración cabalgando como alma en pena. Pero casi inconscientemente había reducido la velocidad al acercarse al lugar al que había seguido a Sebastian la tarde anterior.

Con lo que no había contado era con que la causante de su insomnio estuviera allí sentada, junto a un mozo de cuerdas que sujetaba un espectacular zaino de brillante pelaje negro.

—Lady Brianna —la saludó más formalmente de lo acostumbrado, dado que estaban solos.

Inmediatamente, bajó del caballo y se acercó hasta ella. Era muy poco cortés hablar con una dama desde la montura.

—¿Qué hace aquí tan temprano? —preguntó Brianna en el mismo tono formal, aunque se adivinaba la curiosidad en su voz.

—Me gusta cabalgar con cierta libertad de movimientos y esta es la mejor hora del día para hacerlo.

—Entiendo —comentó ella.

Pero no lo entendía. Jamás hubiese pensado que Marcus disfrutara haciendo correr a su caballo por el parque. Parecía alguien más tranquilo y sosegado. Quizás,

después de todo, se había equivocado al juzgar su carácter. Una vez en un oscuro jardín ya la había sorprendido, mostrándole una parte de su carácter que desconocía.

¿Se habría equivocado también en otras suposiciones que había hecho sobre él?

—¿Le apetece dar un paseo? —le ofreció el brazo.

—¿Y su caballo?

—Puedo atarlo a un árbol y su lacayo puede quedarse a vigilarlo. El parque está casi vacío y por esta zona nunca hay gente. Le aseguro que su reputación estará a salvo.

—No me preocupa mi reputación.

—Pues debería.

Ella sonrió, divertida.

—Me refiero a que confío en ti —volvió a tutearle cuando dejaron al lacayo detrás.

Él no respondió.

Caminaron en silencio durante varios minutos hasta que él rompió el silencio.

—Todavía no sé por qué te enfadaste conmigo la otra noche —tanteó él.

—Eres un hombre inteligente. Estoy segura de que lo descubrirás sin mi ayuda —dijo ella, poco dispuesta a facilitarle las cosas.

—Brianna —comenzó él.

—Si te lo digo perdería la gracia. Además, ya no estoy enfadada contigo. En realidad fue una tontería.

Repentinamente, él se paró y ella se vio forzada a hacer lo mismo. Marcus se quedó mirándola en silencio, con sus profundos ojos grises brillando con una emoción

que Brianna no supo descifrar.

Había tal intensidad en su mirada que la respiración de la dama comenzó a acelerarse, sin siquiera haberle puesto un dedo encima.

—No creo que fuera una tontería —declaró él, finalmente.

Ella esbozó una tímida sonrisa que finalizó cuando comenzó a mordisquearse su labio inferior nerviosa, preocupada por haberse delatado sin darse cuenta.

En ese instante, Marcus perdió toda la fuerza de voluntad de la que había hecho gala siempre y se abalanzó hambriento a devorarla. Presionó su boca contra la de ella y la besó profundamente, mordisqueando sus labios para después explorarla con la lengua.

Podía sentir cómo Brianna era arrastrada por su deseo. Notó su pulso y su aliento acelerados.

Bajo su mano podía sentir la piel ardiendo a través de la tela de su vestido de montar.

## Capítulo 9

«Me está besando», pensó Brianna, instantes antes de perder la capacidad de razonar. Marcus la estaba besando y la sensación no se podía comparar con nada que hubiera sentido antes.

Sus fuertes brazos la rodearon y el calor de su cuerpo se extendió por su interior como una llama, mientras que sus labios presionaban los suyos y le exigían que le devolviera el beso.

Cuando se separó de ella, comprendió, al ver su expresión, que se arrepentía de su arrebato. Por ello, decidió que lo mejor era no dejarlo ver lo mucho que le habían afectado sus besos.

—¿Por qué me has besado? No tenemos público al que entretener.

Marcus se sintió tan ofendido porque ella hubiera dicho eso, que se irguió cuan alto era y, en lugar de calmar los ánimos, como solía hacer cuando se topaba con algún conflicto, decidió contraatacar.

—Me alegra que saques el tema. Ahora que han quedado claras mis intenciones, creo que lo mejor es que cada noche vuelvas a reservarme el primer vals. Si me muestro interesado por tu compañía, el resto de caballeros considerará que eres digna de conocer y tendrás nuevos pretendientes a los que rechazar —comentó en un tono poco amable. De hecho, esa era la primera vez que Brianna escuchaba palabras tan hirientes saliendo de los labios del duque—. Después de todo, soy el duque de Rothgar y mis elecciones despiertan mucho interés entre la alta sociedad.

Durante unos segundos, Brianna no respondió, provocando en Marcus la sensación de que se había excedido con sus palabras. Inicialmente, no había deseado ofenderla, sino lograr que ella se abriera a él, pero tras el beso ella le arrojó palabras hirientes a la cara y sus buenos propósitos salieron despedidos de su boca, convirtiéndose en puñales directos al corazón.

—De acuerdo —aceptó ella, para sorpresa de Marcus.

—¿Te parece bien que finja estar cortejándote?

Marcus la miró completamente asombrado. ¿De verdad acababa de aceptar su proposición?

—Eso he dicho. No hay duda de que tu interés por mí puede despertar el del caballero que deseo.

Marcus abrió la boca, pero fue incapaz de decir nada. Principalmente porque no tenía ni la más mínima idea de qué decir. Su cabeza era un hervidero de ideas. Brianna deseaba a un caballero. Ella no había dicho nada sobre estar enamorada, sino que había utilizado la palabra deseo, que implicaba mucho más o, quizás, mucho menos que la palabra amor.

Por otro lado, de algún modo indirecto, había dejado claro que no había nada entre ella y su hermano, porque, de ser así, no habría aceptado tan rápido su propuesta.

¿Sería Brianna tan voluble como Harriet Twombly? Se preguntó.

No, estaba seguro de que ella no era como Harriet.

—¿Quién es el caballero al que deseas conquistar? ¿Qué vas a decirle a Sebastian?

—Eso no es de tu incumbencia. Nuestro cortejo fingido debe de ser beneficioso para ambos, por lo que tenemos que determinar qué espera cada uno de esta... unión.

—Ya sabes lo que yo espero, Brianna.

—¡Cierto! Yo alejaré de ti a las matronas y a las debutantes que te persiguen como si fueras el zorro en una cacería, y tú me enseñarás lo que atrae a los hombres de las mujeres. Y, para que te quedes tranquilo, te diré que entre Sebastian y yo no hay nada remotamente romántico, al menos desde que me dio mi primer beso, hace unos años.

Aunque disimuló, Marcus respiró aliviado al saber que su hermano y Brianna eran solo amigos. No obstante, tomó nota de las últimas palabras de la dama, con intención de amonestar a Sebastian por haberle robado un beso a Brianna.

—Eres una dama preciosa. Cualquier caballero se interesaría por ti sin necesidad de que hicieras nada.

A pesar de sus palabras galantes, ella lo miró con el ceño fruncido.

—No me has entendido, Marcus. Lo que deseo saber es qué atrae a un hombre de una mujer, en ningún momento he hablado de caballeros o de damas —explicó sin titubeos.

El duque la miró con asombro. Brianna estaba resultando ser mucho más interesante y peligrosa de lo que había supuesto al elegirla como sustituta de Serena.

—Nos vemos esta noche en el baile de los Shilton. Te reservaré el primer vals —dijo dándose la vuelta para regresar al lugar en que aguardaba su lacayo con los caballos.

## Capítulo 10

«Las hijas del conde de Berbrooke han sido las incomparables esta noche en el baile de los Shilton. Tras acaparar la atención de los hermanos Middlethorpe, han desatado el interés del resto de caballeros presentes, que no las han permitido sentarse en toda la noche».

*Revista Secretos de sociedad.*

Marcus sabía que se había metido en un enredo complicado del que no estaba seguro de cómo salir.

En ningún momento se le había pasado por la mente que Brianna impondría sus propias condiciones a cambio de ayudarlo a evitar a las damas casaderas y a sus madres. Él era un duque, ella debería de sentirse honrada por sus atenciones, aunque estas no fueran más que una cortina de humo para protegerse de las matronas empeñadas en emparejarlo con sus hijas.

Por todo ello, se había pasado el resto del día, tras su encuentro en el parque, dándole vueltas al hecho de que ella deseara a un hombre y que le exigiera su ayuda para conquistarlo. Estaba tan molesto que ni siquiera le importaba quién era el caballero o, al menos, trataba de que así fuera. Su verdadera preocupación era de otra índole.

¿Qué esperaba Brianna que él le enseñara?

¿Acaso buscaba que le mostrara los pasos necesarios para arruinarse? ¿Quería ella seducir al bastardo con el que soñaba? Y la parte más complicada de todas, ¿realmente estaba dispuesto a que ella se interesara por otro hombre que no fuera él?

De acuerdo que Marcus no estaba interesado en el matrimonio en esos

momentos, pero eso no hacía menos cierto que, de haberse siquiera planteado la posibilidad, Brianna habría sido su primera opción para convertirla en su esposa.

La dama era hermosa, inteligente y sabía ganarse el afecto de todos los que la rodeaban. Además, provenía de una muy buena familia y, aunque a él no le hiciera falta el dinero, disponía de una cuantiosa dote que podría reservar para sus hijas, si llegaban a tenerlas.

Se quedó helado en cuanto fue consciente de los derroteros que estaban tomando sus pensamientos. «Necesito una copa con urgencia», se dijo. ¿Hijos? ¿Matrimonio?

Lo mejor que podía hacer era alejarse del salón de baile, pasar un par de horas en la sala de juegos, olvidarse de debutantes obstinadas y dejar a las damas el baile.

No llegó a su destino porque la imagen de una pareja que bailaba lo detuvo a medio camino de su destino.

—¿Tienes previsto torturar a mi hermano durante mucho más tiempo? — preguntó Sebastian mientras bailaba con Brianna.

Su amiga no había podido ponerlo al día de los últimos acontecimientos por lo que Sebastian, fiel a su palabra, se había presentado en el baile y había puesto su nombre en el carnet de baile de Brianna.

—No, hemos llegado a un acuerdo.

A su favor, Brianna pudo decir que su amigo ni se inmutó, de no ser por la sonrisa ladeada que le dirigió.

—¿Voy a escandalizarme?

Fue el turno de ella de reír.

—No creo que haya nadie en el mundo capaz de escandalizarte.

La carcajada sincera de Sebastian atrajo la atención de varias parejas que bailaban a su alrededor, pero a ninguno de los dos pareció importarles.

—No hay duda de que eso es un sí. ¡Cuéntame! Me muero de ganas de escuchar el retorcido plan que has ideado para torturar a Marcus.

En lugar de sentirse ofendida, Brianna sonrió encantada por las palabras de su amigo.

—Tu hermano va a ayudarme a conquistar a un caballero.

—Imagino que lo que quieres decir es que mi hermano se va a meter solito en la boca del lobo y ni siquiera se va a dar cuenta de que lo hace.

—Algo así. Supongo que esa es la idea.

—Me alegra que seas mi amiga. Eres temible como adversaria —alabó con una sonrisa sincera.

—¡Gracias!

—De nada, milady. A su servicio.

## Capítulo 11

«Nota importante: mi futuro marido debe de besar tan bien como Marcus».

Fragmento del diario de Lady Brianna Warwick.

—¿Qué pensaría un caballero si una dama lo besara?

Marcus la miró entre sorprendido y enfadado. Brianna parecía estar decidida a arruinarse.

Carraspeó para tratar de ganar tiempo y ordenar sus pensamientos. Se encontraba en una situación sumamente delicada. Si la regañaba, corría el riesgo de que ella cancelara su trato, y si eso sucedía no habría ninguna razón por la que estar con ella y protegerla de sí misma.

De hecho, estaba tan preocupado por el giro que había dado su carácter, de dama tranquila y educada a mujer impetuosa y sensual, que casi ni le importaba que la idea inicial de su trato fuera evitar las trampas de las damas casaderas que pretendían cazarlo.

—Depende del caballero y de la situación —dijo con poco convencimiento.

—¿Qué pensarías tú si yo te besara ahora mismo?

Por instinto, Marcus ojeó los alrededores del jardín de los Shilton, en el que se encontraban en ese momento. No estaba seguro de qué respuesta darle por lo que se quedó en silencio unos segundos.

—No pensaría en nada —dijo por fin.

Ella arrugó el ceño, confundida.

—Si me besaras no sería capaz de juntar dos ideas coherentes.

Brianna pareció complacida con la respuesta porque sonrió y sus ojos brillaron de júbilo.

Incluso entre la semioscuridad del jardín, Marcus pudo ver lo complacida que se sentía.

—¿Crees que al caballero que deseo le sucedería lo mismo?

—Si no es el caso, no merece tu atención.

—Gracias, Marcus —dijo ella acercándose para plantarle un beso en la mejilla—, eres un buen amigo y gracias a tus consejos voy a ser capaz de conseguir al hombre que deseo.

«Maldición! Eso no entraba en mis planes», pensó Marcus.

—¿Qué quieres decir con conseguir? No estarás pensando en arruinar tu reputación.

—Por supuesto que no, voy a casarme con él.

—¿Casarte?

Ella asintió con vehemencia.

—Mi madre me ha dado un ultimátum, si no consigo marido esta temporada, ella misma escogerá a mi esposo y, como comprenderás, no pienso permitir que sea ella la que lo elija.

—¿Casarte? —repitió.

Asintió.

—Tú también tendrás que hacerlo. Lo que siento es que cuando me comprometa con el hombre al que deseo ya no podré seguir ayudándote.

—¿Quieres dejar de decir eso?

Brianna lo miró confusa.

—¿Decir qué?

—Que lo deseas. No es propio de una dama usar esas palabras. Las damas no desean, se interesan —censuró.

Ella no trató de esconder su enfado.

—Te aseguro que esta dama —se señaló a sí misma—, sí que desea. Así que asúmelo y deja de comportarte como un snob.

Tras la regañina, se dio la vuelta y se alejó de él tan enfadada que Marcus no supo si era buena idea seguirla o no.

## Capítulo 12

«He de reconocer que las flores que me ha enviado Marcus son preciosas. Aun así, no he decidido todavía si voy a perdonarlo por creerse una autoridad moral».

Fragmento del diario de Lady Brianna Warwick.

Lady Victoria, la hermana menor de Brianna, parecía haberse erigido esa temporada como una incomparable. A diferencia de su hermana y de su cabello rojizo, el de ella tenía un color miel bastante a la moda y su carácter era mucho más afable que el de Brianna.

Gracias a ella, Brianna se sentía libre del escrutinio constante de su madre. La condesa debía de haber creído que era más fácil casar a Victoria que a ella, por lo que dedicaba la mayoría de sus esfuerzos a su hija menor, a la que paseaba sin descanso por delante de los que ella consideraba que eran excelentes partidos.

—¿Qué hay entre el duque y tú? —inquirió Victoria la tarde después a su desencuentro con Marcus, mientras tomaban el té en la sala rosa que compartían.

—Nada.

—No parece nada y madre está convencida de que vas a ser duquesa.

Brianna se atragantó con él té al escuchar las palabras de su hermana. No había pensado en su madre en ningún momento. Debería de haber comprendido que, al igual que la alta sociedad, su madre también se daría cuenta del interés de Marcus y que haría sus propias cábalas.

—¿Estás segura?

—¿De verdad creías que madre no llegaría a esa conclusión? Está pendiente

de ti.

—Eso no es cierto, está pendiente de todo lo que tú haces.

Victoria se encogió de hombros.

—Se limita a pasearme por los salones, pero como no soy tan mayor todavía me faltan un par de temporadas para que se preocupe porque me quede soltera.

—¿No te gusta ninguno de tus pretendientes? Esta temporada hay muchos caballeros interesados en ti.

—¿En mí o en mi dote?

—Eres preciosa, Torie, no hay duda de que eres tú la que los atrae.

—Una pena que yo no sienta lo mismo.

—¿No hay nadie a quien te gustaría tener como marido? —insistió.

A pesar de que Victoria era su única hermana, nunca había tenido un trato demasiado cercano con ella, ya que se llevaban un par de años, aunque no tantos como para crecer alejadas. Sin embargo, de algún modo, Brianna la había sustituido por Sebastian, quien se había convertido en su confidente y en la persona más cercana.

—Nadie que esté dispuesto a serlo.

—¡Oh!

—No te preocupes. Siempre he sabido que no podía ser. Creo que está enamorado de otra mujer.

—¿Hace mucho tiempo que te gusta?

Victoria asintió con pesar.

—¿Lo conozco?

—Es posible, pero no quiero hablar de ello.

—Por supuesto, pero, Torie, puedes recurrir a mí cuando quieras.

Al ver la expresión sorprendida de su hermana se sintió culpable. Era muy triste que alguien de su propia sangre se sorprendiera de que le ofreciera su ayuda y apoyo.

Tenía que hacer algo para apartar de los ojos de su hermana esa tristeza con la que le había confesado que el caballero que le gustaba no la correspondía.

Quizás fuera buena idea hablar con Sebastian y pedirle que le presentara a Torie alguno de sus amigos. Con un poco de suerte, entre ellos habría alguien capaz de borrar la tristeza de su hermana.

## Capítulo 13

Brianna se sentía orgullosa de sí misma. Había tenido una idea fabulosa e incluso su madre le había sonreído encantada cuando le propuso a Victoria que la acompañara en su paseo por el parque con el duque de Rothgar.

Tras las flores, llegó una invitación para salir a pasear esa misma tarde y, con una breve nota de respuesta, Brianna le había informado que aceptaba, pero que llevaría a su hermana con ella.

Brianna estaba segura de que Marcus parecía encantado con la compañía de Victoria porque planeaba interrogar a su hermana sobre el misterioso caballero al que Brianna deseaba.

De hecho, Marcus parecía no pensar en otra cosa, ya que desde que habían llegado al parque le había preguntado, hasta en tres ocasiones, si el caballero al que señalaba era el elegido por ella. Brianna se había reído y limitado a negar con la cabeza. Encantada con el interés que estaba despertando su falso amante en el duque.

Llevaban más de quince minutos parados en medio de Hyde Park, debido a la cantidad de carruajes que los precedían.

—Nunca he comprendido qué tiene de divertido detenerse en medio del gentío, de los caballos y de los carruajes —se quejó Victoria, al tiempo que abrió su sombrilla para protegerse del sol de la tarde.

Brianna escondió una sonrisa y miró a Marcus, a la espera de encontrarse con su censura. Para su sorpresa, él estaba asintiendo a las palabras de su hermana.

—La única finalidad de sacar el carruaje de las cuadras y de poner nerviosos

a los caballos con tantas paradas es ver y ser visto.

—Lo sé, aun así creo que no compensa el esfuerzo —siguió Victoria con una sonrisa traviesa.

Marcus no fue tan discreto y rio abiertamente.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, milady.

—¿De verdad? —inquirió Brianna sin poder detener su lengua.

Él la miró sorprendido.

—Por supuesto. ¿Acaso lo duda?

—Jamás me atrevería a dudar de su palabra, es solo que nunca me figuré que pudiera pensar de ese modo. Tenía la equivocada idea de que usted adoraba las convenciones sociales y las normas.

Victoria tuvo la deferencia de aguantarse las ganas de reír y se limitó a mirar hacia otro lado.

—Eso es porque no me conoce tanto como cree.

—Es posible —concedió Brianna.

Marcus pareció apaciguarse con la respuesta, ya que retomó la conversación insulsa anterior con Victoria y Brianna se permitió observarlo a placer.

Parecía que su hermana fuera capaz de lograr que el ilustre duque de Rothgar se relajara y mostrara su lado menos estricto y escrupuloso.

A pesar de la punzada de celos que le atenazó la garganta, se alegró de haber llevado a su hermana consigo. Había decidido comenzar a cultivar una amistad con ella y parecía que Victoria estaba dispuesta también a ello.

La visión de una pareja que paseaba cogidos del brazo por el parque la sacó

de sus pensamientos con una sacudida de sorpresa.

—¿Ese no es Sebastian? —preguntó a Marcus, a pesar de estar segura de que era su amigo quien paseaba con una dama por un camino contiguo.

Tanto el duque como su hermana se dieron la vuelta oteando hacia donde Brianna señalaba.

—Sí —fue la escueta respuesta de Victoria, que volvió a darse la vuelta al instante.

—¿Quién es la dama? Me suena, pero ahora mismo no recuerdo donde la he visto antes —apuntó Brianna, fijándose en el aspecto de la acompañante de su amigo.

La mujer iba vestida a la moda, de un tono verde esmeralda que acentuaba el color oscuro de su cabello. Su vestido mostraba con amplitud su generoso escote. Bajo el sombrero que llevaba, asomaban unos rizos oscuros que llamaban la atención porque se balanceaban al moverse.

Era alta, exuberante y parecía muy segura de sí misma.

—No es una dama que asista a bailes —zanjó Marcus—. Por fin nos movemos —apuntó, cambiando de tema, cuando los carruajes que había delante comenzaron a moverse.

—Entonces ¿de qué me suena?

Marcus la miró, debatiéndose entre decirle la verdad o fingir que no la había escuchado.

—Es María Olivetti, una cantante de ópera italiana.

—¡Oh! Es cierto, la vimos en el teatro el mes pasado. Su interpretación de Pamina, en la Flauta mágica, fue magistral.

—A mí me pareció mediocre —anunció Victoria.

—No puede ser, recuerdo que estabas tan entusiasmada como yo.

—Te equivocas.

—Pero...

—Estoy de acuerdo con lady Victoria en que no fue su mejor actuación. De hecho, me gustó más la voz de La Reina de la Noche que la suya.

Ante su gesto de apoyo, Victoria sonrió por primera vez desde que divisaron a Sebastian, y Brianna se dio cuenta entonces de que Marcus había sido capaz de entender lo que sucedía mejor que ella misma.

—¡Oh! Es cierto. No fue nada memorable —confirmó, al darse cuenta, por fin, de lo que estaba sucediendo, probablemente desde hacía años, delante de sus propias narices—. La soprano que hizo de Reina de la Noche estuvo mucho mejor.

## Capítulo 14

«Ayer fue un día de sorpresas en Hyde Park. Lord Baltimore se arrodilló delante de toda la alta sociedad para pedirle matrimonio Lady Hamilton. Esta redactora encontró el gesto demasiado público, no obstante, la futura novia parecía encantada. En el mismo lugar, el duque de Rothgar fue visto paseando en su carrocín a las hermanas Warwick, mientras que su hermano menor paseaba del brazo de su íntima amiga, la señorita Olivetti».

*Revista Secretos de sociedad.*

Brianna estaba descalza y en camisón cuando salió de su dormitorio y se plantó frente a la puerta de su hermana. Esa noche, Victoria había alegado dolor de cabeza para no asistir a la fiesta de los Macclesfield y, como la situación no era lo corriente, ya que de sus dos hijas, Torie era siempre la conformista y la que se adaptaba a los designios de la familia, su madre había aceptado perder una noche en su búsqueda de un marido para su hija menor.

Dadas las circunstancias, dedicaría sus esfuerzos a su rebelde hija mayor.

Por ello, se negó a que Brianna se quedara en casa para atender y acompañar a su hermana. Razón por la que esta había tenido que asistir a la dichosa fiesta y fingirse encantada de estar allí.

Para su completa desilusión, ni Marcus ni Sebastian habían asistido, con lo que el evento había resultado tedioso y demasiado largo para el gusto de Brianna, que ansiaba cerciorarse del estado de su hermana.

Parada frente a la puerta de Torie, se dispuso a llamar con suavidad. No quería molestarla en caso de que estuviese dormida, pero si no lo estaba el sonido la alertaría de su presencia allí.

A través de la gruesa puerta de roble no escuchó la voz de su hermana invitándola a entrar. Estaba a punto de marcharse cuando la puerta se abrió ante ella y Torie apareció con los ojos rojos y la piel mucho más pálida de lo habitual.

—Dios mío, Torie, ¿estás bien? —preguntó, aunque era evidente que no lo estaba.

—Me duele la cabeza —dijo y se apartó de la puerta para dejarla pasar.

El dormitorio de su hermana era tan grande como el suyo, de un suave color verde. Un color que le recordaba a la tonalidad de verde que tenían los ojos de cierto caballero.

El tocador y la cama eran del mismo estilo que los de Brianna, por lo que contaba su madre, se trataban de piezas muy ornamentadas y elegantes.

—Lo sé, me lo dijo madre. No me dejó quedarme contigo.

Su hermana se encogió de hombros.

—Antes no me dolía de verdad, pero ahora sí.

—Es lo esperado si llevas toda la noche llorando. ¿Por qué nunca me dijiste que estabas enamorada de Sebastian?

—Os vi besaros una vez.

—¡Oh, Dios mío!

—Por eso no te lo dije.

—No es lo que piensas. Lo besé yo y lo hice porque nadie me había besado antes. Jamás volví a besarlo después. —Se encogió de hombros al recordar su aspecto por aquel entonces. Se negaba a que su madre escogiera su ropa, por lo que siempre terminaba por llevar vestidos insulsos. Además, odiaba su cabello y se

negaba a que su doncella lo adornara—. Quería saber lo que se sentía y lo cierto es que la experiencia fue bastante mala para ambos.

—Lo vi devolverte el beso.

—A pesar de lo que puedas creer, Sebastian es un caballero. Jamás le haría un desplante a una dama.

Torie se sentó en la cama y esperó a que Brianna hiciera lo mismo para retomar el tema.

Cruzó las piernas por debajo de su cuerpo y se abrazó a ellas, como si necesitara protegerse a sí misma.

—Eso ahora no importa.

—¿Por qué dices eso? —Torie parecía tan decaída que la preocupación de Brianna creció por momentos.

—¿No lo has visto esta tarde en el parque? Tiene una amante y, además, el duque se ha dado cuenta de todo. Si se lo dice no sé qué voy a hacer. Sebastian apenas sabe que existo. Me moriré de vergüenza si se entera de mis absurdos sentimientos.

—Tus sentimientos no son absurdos, cariño —dijo al tiempo que le acariciaba la mejilla. Se sintió eufórica cuando su hermana se reclinó sobre ella. Como si hubiera decidido apoyarse en su hermana mayor, por una vez—. Además, Marcus no dirá nada. Te guardará el secreto. Estoy segura.

—¿Cómo lo sabes? —Brianna notó crecer la esperanza en el tono de voz de su hermana.

—Porque confío en él.

## Capítulo 15

La aparición de Sebastian la tarde siguiente fue completamente inesperada. Cuando Lambert le entregó su tarjeta, su sorpresa fue genuina.

No obstante, aunque estaba contenta porque hubiera ido a verla, una parte de ella se alegraba de que Torie hubiera salido con uno de sus pretendientes a dar un paseo en calesa.

Quería mucho a Sebastian, hacía mucho tiempo que eran amigos y él la había protegido siempre, incluso había apoyado su loco plan de hacerle creer a Marcus que entre los dos había algo más que una hermosa y profunda amistad. Y por supuesto, sabía que no podía obligarlo a querer a Torie, pero por mucho que tratara de usar la razón, el caso es que se sentía un poco dolida con él e incluso con ella misma, ya que había sido su estúpido beso lo que había impedido que su hermana se abriera a ella.

Lambert acompañó a Sebastian, que solícito saludó a la condesa y aceptó la taza de té que ella le ofreció.

Resultaba chocante verle allí, cumpliendo con las convenciones sociales que tanto había evitado. De sus hermanos, Sebastian era el único que no tenía una profesión. Marcus era el cabeza de familia, el duque y, como tal, se hacía cargo de las propiedades y de su lugar en la cámara de los lores. Edward había recurrido a las leyes, como la mayoría de los segundos hijos. Se había casado y parecía feliz.

Sebastian era el único que, a sus veinticuatro años, seguía sin tener claro qué hacer con su vida.

Aunque no necesitara de una ocupación para vivir, ya que el anterior duque

había dejado cubiertos a sus tres hijos y a la duquesa viuda, no era sano que un caballero no ocupara su tiempo en algo de provecho.

Brianna sabía que Marcus había delegado en Edward la administración de varias propiedades y no comprendía por qué no había hecho lo mismo con su hermano menor, que era, precisamente, el que más parecía necesitarlo.

—Victoria ha salido a dar un paseo con Lord Eversleigh. Es un caballero encantador —estaba diciendo su madre cuando Brianna regresó al salón del que había salido envuelta en sus pensamientos.

Sebastian pareció contrariado un segundo, pero se recuperó con tanta rapidez que Brianna no estuvo segura de no haberlo soñado.

—Si le parece bien, milady, me gustaría invitar a lady Brianna a dar un paseo por Hyde Park —dijo en un tono tan meloso que ella supo que su madre no iba a poder resistirse.

—Por supuesto, Sebastian.

—Sería un honor si aceptara acompañarnos —dijo él con su mejor sonrisa.

Su madre se sonrojó antes de declinar la oferta.

Brianna subió a su dormitorio para ponerse el sombrero y coger la sombrilla, dejando a su mejor amigo tratando de ganarse el favor de su madre.

Hyde Park estaba tan abarrotado como siempre. Aun así, lograron encontrar un banco lo suficientemente apartado como para tener una conversación sin que la alta sociedad en pleno fuera testigo de cada una de sus palabras.

—No esperaba tu visita hoy. Ayer no te vi en el baile de los Macclesfield.

—Sé que me viste con María —expuso el tema por el que había ido a visitarla.

Brianna no lo negó. Hubiese resultado absurdo hacerlo ya que ambos sabían la verdad.

—No tienes que justificarte conmigo. Sé que los hombres tienen amantes. Es algo que las damas aprenden muy pronto.

—María no es mi amante. Ya no lo es —aclaró ante el gesto de incredulidad de Brianna.

—No creo que sea apropiado que hablemos de esto.

—No volveré a mencionarlo si me prometes que se los dirás a Torie.

—¿Por qué quieres que haga tal cosa? —acaso Marcus se había ido de la lengua, porque si lo había hecho y le había contado a Sebastian algo sobre los sentimientos de su hermana iba a pagarlo muy caro.

—¿Qué te ha contado Marcus?

La cara de confusión de Sebastian le aclaró el asunto más que las palabras.

—¿Marcus? ¿De qué hablas?

—De nada. Olvídalo. ¿Por qué quieres que le diga a mi hermana lo de María?

—Tú solo hazlo, por favor.

## Capítulo 16

«Todos en esta redacción estamos impacientes de que el anuncio del compromiso entre el duque de Rothgar y lady Brianna Warwick aparezca en el Times para poder decir: nosotros ya lo sabíamos».

*Revista Secretos de sociedad.*

Marcus estaba pendiente del palco del conde Berbrooke. Quería hablar con Brianna, a quien no había vuelto a ver tras su paseo por el parque.

Había tenido que atender varios asuntos importantes y aunque le había enviado flores y una nota de disculpa por su ausencia, ella no había respondido a ella de ninguna manera, lo que lo tenía más preocupado de lo que hubiera supuesto nunca.

A cinco minutos para que comenzara la representación, la familia al completo hizo acto de presencia en el palco. Tanto los condeses como Lady Victoria lo saludaron, la única que obvió su presencia en el palco contiguo fue Brianna, quien no giró la cabeza a su izquierda en ningún momento.

No obstante, gracias a un gesto de Lady Victoria, que Marcus apuntó mentalmente que debía agradecerle, Brianna se vio obligada a sentarse en el extremo izquierdo, justo pegada a la barandilla que separaba ambos palcos.

—Buenas noches, Lady Brianna —saludó cuando ella tomó asiento, tesa como el palo de una escoba.

—Buenas noches, excelencia.

—Espero que haya estado bien en estos días que no nos hemos visto.

—De maravilla. Gracias por su interés.

Marcus, que estaba comenzando a impacientarse de que ella ni siquiera lo

mirara, se acercó más a la columna que separaba ambos palcos y susurró, de modo que solo ella pudiera escucharlo.

—Te he echado de menos.

Brianna dio un respingo en la silla y se giró para mirarlo muy enfadada.

—No es necesario que mientas. La gente no puede escuchar lo que estás diciendo.

—No miento.

—Si querías verme, sabías dónde encontrarme —zanjó ella sin cambiar un ápice su actitud.

—El problema no ha sido mi deseo de verte, sino mi falta de tiempo para hacerlo.

—Ya veo —anunció Brianna sin mirarlo siquiera.

—¿Así que mi hermano ya te ha contado que le he dado la casa de Chesterfield Street que mi padre quería que le legara al casarse?

El comentario sí que despertó el interés de Brianna, que lo miró con curiosidad.

—No he visto a Sebastian en varios días.

—Supongo que mi hermano también ha estado ocupado con la mudanza.

En ese preciso instante, el telón subió y la representación dio comienzo. A pesar de que sus pensamientos estaban lejos del escenario, al ver a María Olivetti en él, giró la vista instintivamente para mirar a Victoria. No le había dicho lo que le había pedido Sebastian que le dijera. De hecho, lo había valorado, pero al final creyó que lo mejor para su hermana era olvidarse de él y aceptar las atenciones de los

caballeros que de verdad parecían interesados en ella.

Al verla mirándola Victoria, forzó una sonrisa y volvió a dedicar su atención al escenario.

Brianna se dio cuenta, en ese instante, de lo valiente y fuerte que era su hermana menor, que había dejado de lado sus sueños de amor perfectos y estaba abriendo su corazón a otro tipo de amor, más calmado y pausado y, quizás, más duradero.

—¿Por qué le has dado la casa antes de que se casara? —preguntó a Marcus, acercándose a él y susurrando—. ¿Por qué no te has esperado a que se prometiera como hiciste con Edward?

—Sebastian no está interesado en el matrimonio.

—Tú tampoco.

—Tal vez he cambiado de idea y por eso le he dado a mi hermano la casa que le dejó mi padre antes de tiempo. Tal vez, desee formar mi propia familia.

El corazón de Brianna dio un vuelco y notó como su pulso se aceleraba por momentos.

—¿Lo deseas? Casarte y formar tu propia familia.

Notó la mano de Marcus buscar la suya, por encima del muro del palco.

Nerviosa lo miró a la espera de sus palabras.

—Sí, lo deseo.

## Capítulo 17

Brianna no podía quitarse de la cabeza las palabras de Marcus: sí, lo deseo; sí, lo deseo; sí, lo deseo...

¿Le estaba diciendo a ella que las cosas habían cambiado y que deseaba que su cortejo fuera real? Y de ser así, ¿por qué no se lo decía abiertamente? ¿O trataba de manipularla para seguir con su juego?

De hecho, le resultaba extraño que esa noche en la ópera no le hubiera preguntado por el hombre misterioso.

Decidida a salir de dudas de una vez por todas, se levantó de la cama y se dispuso a vestirse. No sabía qué se ponían las damas para escaparse de casa, pero seguro que lo ideal sería algo discreto y, a ser posible, oscuro para camuflarse en la noche.

Un poco asustada por lo que estaba a punto de hacer, llamó a Prudence, quien dormía en una cama en su vestidor, los días que Brianna asistía a bailes, para ayudarla a desnudarse cuando volviera, fuera la hora que fuera, y le contó su plan.

Su doncella, que siempre había sido un poco fantasiosa, apoyó desde el comienzo su plan y la ayudó a vestirse.

—Vas a tener que venir conmigo, Pru. No he detenido un coche en mi vida.

—No se preocupe por eso, milady, yo me ocuparé de todo. Solo le ruego que volvamos antes de que se despierte su madre o me despellejará viva por haber consentido que se marche de casa a estas horas.

—Tranquila, Prudence, mi madre nunca sabrá nada.

Marcus estaba en su despacho, bebiendo una copa de brandy, cuando escuchó unos fuertes golpes en la puerta principal. Acababa de llegar del club, al que había ido tras la ópera, ya que no había tenido ganas de regresar a casa tan pronto.

Tras la marcha de Sebastian, la casa estaba vacía y no había nadie allí que lo esperara.

Los golpes volvieron a sonar y, molesto, se levantó de la silla para ir a abrir. Hudson ya se había retirado y, aunque estaba seguro de que su mayordomo se estaba vistiendo a toda prisa para ir a abrir, el inoportuno visitante parecía no tener paciencia.

Tal y como había supuesto, se topó con su desaliñado mayordomo por el camino.

—Excelencia, lo siento, yo... —se excusó al verle dirigirse a la puerta.

—Vuelve a la cama, Hudson, yo atenderé.

—Pero, excelencia...

—Ahora —insistió.

Hudson lo conocía lo suficiente como para saber que odiaba repetir las cosas. Por ello, a regañadientes, se apartó de su camino y se quedó en un discreto segundo plano mientras el duque de Rothburg abría la puerta de su casa en Grosvenor Square.

—¿Brianna? ¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió al tiempo que tiraba de ella para meterla dentro de la casa. No quería que nadie la viera a esas horas en su puerta. Si alguien la hubiese visto, su reputación quedaría arruinada sin remedio—. ¿Estás

decidida a arruinarte? Primero enamorándote del idiota ese con el que quieres casarte y ahora viniendo aquí.

—No he venido sola.

—Una doncella a estas horas no sirve para nada. ¿Qué había tan importante como para que no pudieras esperar a mañana?

—¿Lo decías de verdad?

Él pareció confundido por la pregunta. ¿De qué hablaba ahora? ¿Es que no se daba cuenta de la gravedad del asunto?

—Que querías casarte y formar una familia. ¿Lo decías de verdad?

—Sí.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Será mejor que vayamos a mi despacho. —Se dio la vuelta buscando a Hudson—, acompaña a la doncella de Lady Brianna a la cocina, por favor. Y pide al cochero que prepare un carruaje.

No esperó a que el mayordomo asintiera, sino que le pasó a Brianna el brazo por los hombros y la acompañó hasta su despacho, situado en la primera planta.

—Toma asiento, por favor —ofreció, ayudándola a despojarse de la capa.

—Marcus... ¿Por qué me lo has contado a mí? —insistió ella.

Él le lanzó una mirada fulminante.

—Porque deseo casarme contigo, maldita sea, pero es demasiado pronto para que lo sepas. Primero pretendía lograr que te olvidaras del bastardo ese con el que quieres casarte.

—Marcus, tú eres el bastardo.

—¿Vamos a volver con los insultos, milady?

—No, Marcus, digo que tú eres el hombre al que deseo. No hay nadie más. Me lo inventé para vengarme de ti y de tu falso cortejo.

El duque se quedó plantado, mirándola fijamente durante unos minutos, antes de ser capaz de reaccionar y cubrir los pasos que los separaban para besarla con la pasión y el deseo retenidos durante tanto tiempo.

## Capítulo 18

«Lo quiero y me quiere, ¿hay dicha mayor en el mundo?».

Fragmento del diario de Lady Brianna Warwick, futura duquesa de Rothburg.

—Sabes que te deseo —murmuró él con voz grave y suave como una caricia—. Y que deseo hacerte mi esposa.

Ella asintió, pero al oír aquel tono aterciopelado, sintió escalofríos en la espalda.

Tirando suavemente de su mano, la llevó hasta el diván.

Ella sintió que el corazón empezaba a golpear con fuerza contra sus costillas y contuvo la respiración, incapaz de moverse.

Tomándose su tiempo, él hundió los dedos en la sedosa melena rojiza como el cobre bruñido, y luego le puso una mano en la nuca y la atrajo hacia sí. Sus labios rozaron los de Brianna con delicadeza al principio, acariciándolos con la suavidad de las alas de una mariposa.

Ella sintió que perdía la noción de la realidad mientras estaba allí tumbada debajo de él. Sintió los dedos cálidos recorriendo sus senos desnudos y se preguntó en qué momento Marcus le había desabrochado el vestido sin que ella se diera cuenta.

Él le rodeó la cintura firmemente con un brazo y la apretó contra su pecho; durante un instante, Brianna trató de soltarse, confusa por lo que estaba a punto de pasar, pero entonces los labios de Marcus cubrieron los suyos una vez más y volvió a sentirse completamente perdida en el mar de sensaciones que le provocaba.

Brianna sentía escalofríos cuando aquellos labios ardientes atravesaron su

mejilla hasta llegar a la oreja, y no protestó cuando los dedos volvieron a posarse en sus senos y comenzaron a acariciarlos con suavidad, sino que simplemente sus manos se aferraron con más fuerza a los musculosos hombros de Marcus. Él le recorrió el cuello, trazando un sendero de pequeños besos provocadores para luego continuar más abajo, dejando que sus labios rozaran delicadamente uno de sus suaves pechos. Ella dejó escapar un grito ahogado cuando sintió la lengua abrasadora de Marcus sobre el pezón, pero echó la cabeza hacia atrás en un gesto inconsciente de rendición. Su tacto la abrasaba y hubiera sido tan incapaz de detenerlo como de ordenar a su corazón que dejara de latir.

La lengua de Marcus saqueaba su boca robándole el aliento, robándole la voluntad, mientras sus manos se detenían en su centro, tocando partes de ella que nunca nadie había estado cerca de acariciar.

—Eres preciosa.

Ella gimió suavemente.

—Brianna, mi amor, ¿estás segura? Te quiero y te deseo más que a nada que haya querido en mi vida, pero si me lo pides me detendré ahora mismo.

Ella negó con la cabeza, sin saber si disponía todavía de su voz.

—¿Estás segura?

—Te quiero.

Marcus no esperó otra nueva confirmación. Se arrodillo ante ella y cubrió su sexo con la boca, dispuesto a lograr que Brianna disfrutara de la experiencia.

Con suavidad, se deleitó en cada uno de sus pliegues, empujándola a dejarse llevar, a confiar en él.

Brianna se rompió en sus labios y antes de que recuperara el sentido la penetró. No quería que ella sufriera, por lo que aprovechó el clímax para hundirse en su interior.

A base de fuerza de voluntad, fue capaz de darle unos segundos para que se adaptara a él y cuando por fin la notó relajarse, comenzó a moverse en su interior. Lentamente primero, marcando un ritmo después.

El clímax los había encontrado a los dos al mismo tiempo, dejándolos saciados y exhaustos.

—Marcus Middelthorpe, no tenía ni idea de que fueras tan libertino. —  
Bromeó ella con la voz ronca por el deseo saciado.

Él rio sobre su piel.

—Tienes toda la vida para descubrir mis secretos, amor. Toda la vida.

—Me gusta la idea.

## Epílogo

Marcus besó a su esposa y la acercó a su costado para sentirla lo más cerca posible.

Acaban de casarse y de pasar la mejor noche de bodas que nadie hubiera tenido y ahora, saciados y cansados, dedicaron unos minutos a compartir impresiones.

—La boda ha sido preciosa.

—Tú sí que eres preciosa. Eres la novia más hermosa que he visto en mi vida —dijo besándole la nariz.

—Tú no eres imparcial, querido. Aun así, me alegra que lo pienses —dijo riendo.

La boda había sido todo lo rápida que el decoro había permitido. Tras su escapada en plena noche, Marcus la había acompañado a casa y le había pedido la mano a su padre, quien se había mostrado encantado con el yerno elegido por su hija.

Después de eso, habían publicado un anuncio en el *Times* y la alta sociedad había catalogado el enlace como la boda del año.

—¿Te has dado cuenta de lo solícito que ha estado Sebastian con Victoria? —preguntó Marcus a su esposa.

Ella asintió, pensativa.

—¿Crees que tu hermano siente algo por ella?

Marcus lo pensó unos segundos antes de responder.

—Tú conoces a mi hermano tan bien como yo, ¿qué crees tú?

Brianna se dio la vuelta en los brazos de Marcus y se puso frente a él para

mirarlo a los ojos.

—Es posible, pero Marcus... Creo que hice algo terrible.

El duque le acarició la mejilla, deseoso de borrar la expresión de tristeza que tenía Brianna en el rostro.

—Querida, tú nunca podrías hacer nada horrible.

—Lo hice.

Él sonrió con ternura.

—¿Me lo quieres contar?

Brianna asintió.

—¿Recuerdas cuando nos encontramos a Sebastian con María Olivetti colgada de su brazo? —Esperó hasta que vio a su marido asentir—, Vino a verme al día siguiente y me dijo que ya no era su amante.

—Eso es bueno —comentó él al notar su silencio.

—Hay más. Sebastian me pidió que le contara a Torie lo que me había dicho, que no había nada entre él y María, y yo... No se lo dije. En ese momento me pareció lo mejor. Torie tenía que olvidarse de él, ya que tu hermano no parecía muy interesado en sentar cabeza.

Marcus no contestó, agachó la cabeza y la besó con ternura y delicadeza. La lengua de él invadió la boca femenina como otras tantas veces, solo que en esta ocasión no pretendía provocar, sino mostrar que siempre estaría ahí, que nada iba a lograr que estuviera...

—Te quiero —dijo ella cuando se separaron.

—Yo también te quiero y Sebastian también lo hace.

—¿Significa eso que opinas que debo contarle la verdad? Que no hice lo que me pidió.

—Tú me has pedido mi opinión y yo te la he dado. Más allá de eso, la decisión es tuya y yo te apoyaré hagas lo que hagas, pero basta por hoy de pensamientos tristes, es nuestra noche de bodas y pienso disfrutarla —dijo mordisqueándole la oreja.

—Creo que voy a aceptar tus sugerencias. Todas ellas —la sonrisa pícara de Brianna fue el aliciente que Marcus había estado esperando por lo que le dio la vuelta entre risas y la colocó encima de él.

—Maravilloso, una duquesa obediente, el sueño de cualquier hombre —la provocó entre risas.

—Querido, si buscabas una esposa obediente te has equivocado de mujer —contestó, pero por esa única vez estaba más que dispuesta a cumplir con los deseos de su marido.

## Próximamente...

### **Un lord para mí** #Serie Nobles 2

Lady Victoria Warwick ha estado enamorada del mismo caballero desde que supo lo que era el amor, a pesar de que el caballero en cuestión prefiera a su hermana mayor, a pesar de haberlos visto besarse...

Lord Sebastian Middlethorpe estaba decidido a disfrutar un par de años más de su soltería, hasta que se dio cuenta de que cierta dama se había dado por vencida y no tenía en mente esperarlo.

## Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado* (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la biología juvenil *Lazos Inmortales* (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar *Cómo sobrevivir al amor* (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de *Quédate esta noche* (Kiwi), *Íntimos Enemigos* (Versátil), *Una cita Pendiente* (Versátil), *Una noche bajo el cielo* (Kiwi), *Jimena no deshoja margaritas* (Versátil), *Solo un deseo* (Zafiro. Planeta), *Di que sí*, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, *He soñado contigo* (Versátil), *Romance a la carta* (Versátil) *Un beso arriesgado* (HQÑ) e *Igual te echo de menos que de más* (Amazon), *Kilo y ¾ de amor* (Amazon), *Deletréame Te Quiero* (HQÑ), *Contigo lo quiero todo* (HQÑ), *Duelo de voluntades* (HQÑ), *El corazón de una dama* (HQÑ).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

## Otras obras de la autora

## **Igual te echo de menos que de más.**

Cuando Olimpia se da de bruces con su pasado, presiente que sus problemas no han hecho más que empezar. Allí estaba él, mirándola fijamente con sus ojos negros, sin previo aviso y más atractivo todavía de lo que recordaba. Y Olimpia que creía que lo había superado...

Como ella es una optometrista de lo más profesional, está dispuesta a probarse todas y cada una de las lentes correctoras que ha ido acumulando a lo largo de los años: las de los “sueños rotos”, las de la “venganza”, las de la “solitaria estabilidad” y las de “la ilusión”. Pero no se decide a probar esas que llevan por marca “Dale Otra Oportunidad”.

Menos mal que en esta montaña rusa que es la vida estará acompañada por sus estupendos jefes, Gerardo y Arturo, parientes de “su pasado”, su inseparable amiga Lola, quien sufre el ataque de las malditas hormonas, y su hermano Nico, un Dj enemigo de la pena que está deseando poner ritmo a la banda sonora de su futuro.



## **Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor.**

Gabrielle sabe que los zapatos sientan bien a todas las mujeres, tengan la talla que tengan. Que calzada con unos stiletos cualquier chica puede sentirse capaz de comerse el mundo y, que las zapatillas adecuadas tienen el mismo efecto que un tacón de diez centímetros. Por ello ha escogido diseñar zapatos como medio de vida y, gracias a esa pasión que siente por lo que hace, su sello se ha convertido en la marca recurrente de millones de mujeres en todo el mundo.

Ahora está decidida a conquistar a la otra mitad de la población: los hombres. Y para ello necesita al modelo perfecto que encarne esa filosofía de vida que impregna sus diseños.

El problema es que se niega a mezclar el trabajo con el placer y, su nuevo modelo, está hecho para ser la horma perfecta de su zapato.



## Una noche en el Edén

### (Serie Edén nº1)

Cuando Eva decide salir esa noche, a pesar de que sus amigas la dejan plantada, lo que menos espera es terminar en el Edén, viviendo una serie de misteriosas y sorprendentes coincidencias. La mayor de ellas, Adam, un tipo que le acelera el corazón y le funde el cerebro con sus besos.

¿Pero qué le deparará la noche más tentadora de su vida?



## Una cita en el Edén

(Serie Edén nº2)

Judith es una mujer que sabe lo que quiere, y lo más importante, no tiene miedo al trabajo duro para lograrlo. Por ello cuando aparece en su vida un hombre que logra romper todos sus esquemas, cree que lo mejor es salir huyendo. El problema es que él no está dispuesto a consentirlo.



## Una fiesta en el Edén

### (Serie Edén nº3)

Abby está decidida a empezar una nueva vida en la que los hombres no terminen lastimándola. Para ello ha decidido dejarlos fuera y dedicar su tiempo y esfuerzo al trabajo.

Con lo que no ha contado es con su mala costumbre de verbalizar sus pensamientos, sean cuales sean, ni con la aparición de un hombre que la descoloca porque es completamente opuesto a lo que había imaginado.

En esas circunstancias está perdida, y lo peor, es que lo sabe.

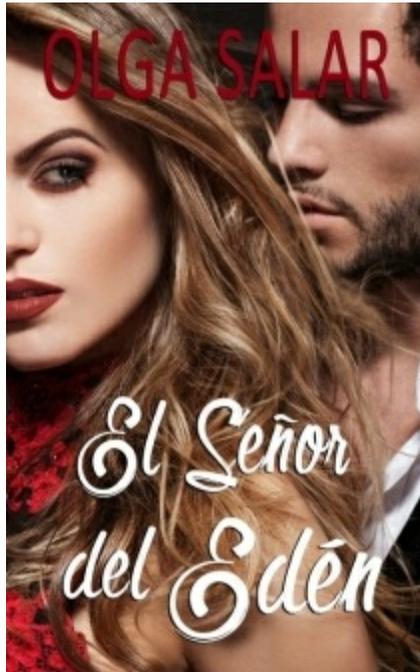


## El señor del Edén

(Serie Edén nº4)

Camilla no ha tenido una vida fácil. Además, su don la ha alejado de las personas, logrando que huya del contacto físico que tanto la perturba. No obstante, cuando conoce a Sam siente que puede ser ella misma sin temor a sufrir.

El problema es que Sam tiene sus propios demonios y, por fin, ha decidido luchar contra ellos.



## **Serie Martina: Martina agitada, no revuelta y Martina mezclada, no enredada + 2 Capítulos extra.**

### **Martina agitada, no revuelta.**

“¿Os ha pasado alguna vez que al despertar una mañana habéis descubierto que vuestra vida está patas arriba? ¿Sí? Pues eso mismo me acaba de suceder a mí, Martina Vega, treintañera, soltera, en busca del trabajo de mis sueños y del hombre capaz de soportarme.

Y os aseguro que no es tarea fácil.

Por eso, he creado el blog más Divinity de la muerte. En él cuento aquello que me sucede, que me preocupa o que simplemente se me pasa por la mente en ese momento. Para conocerme mejor, visitad Martina, agitada, no revuelta y dejadme algún comentario.

El karma os lo agradecerá.

### **Martina mezclada, no enredada.**

Martina Vega está de vuelta. Su vida ha cambiado y ya no está agitada, ni revuelta, sino mezclada, no enredada. El amor es lo que tiene, nos transforma sin que nos demos cuenta. ¿Pero qué queréis que os diga que no sepáis todos ya? Las mezclas, a veces, ofrecen los mejores sabores.

¿Quieres averiguar qué tipo de cóctel será este? ¿Dulce? ¿Amargo o quizás picante?

En Martina mezclada, no revuelta, tienes la respuesta.

Martina 1  
*Ajudada  
no revolta*



*Mezclada,  
no enredada*

Martina 2

SERIE COMPLETA

Capítulos inéditos

Olga Salar